

La soberanía de la mujer en su casa.

La mujer debe saber que cuando el hombre funda un hogar, no es solamente porque ama á la que ha escogido para señora de su casa; es porque necesita tener un hogar propio, un sitio á donde junto con el pan de cada día llevará sus afanes, sus angustias, sus tristezas, y en donde encontrará un ser querido que debe saber consolarle, alentarle, comprenderle. La mujer se casa generalmente en nuestra tierra porque ama con todo su corazón á un hombre y desea pasar el resto de su vida á su lado; para el hombre (per-

suádanse de esto las niñas) el amor es secundario; antes que él están sus ambiciones, su posición social, sus comodidades. Esos primeros entusiasmos del novio—quien jura que durarán toda la vida—pasarán; temprano ó tarde pasarán, aunque asegure que no es así; pero si en su hogar encuentra siempre un ángel de paz, que no exige lo imposible, que no pide lo que no puede existir en un corazón masculino; si la esposa es para el marido indispensable, porque ha sabido proporcionarle una dicha tranquila, sin tempestades, sin lágrimas, sin caprichos, entonces ella obtendrá también su galardón y conseguirá hacerlo siempre suyo, porque él encontrará que no hay otra en el mundo que se la pueda comparar.

Es preciso que las mujeres comprendan que la vida es seria; que una mujer casada lleva sobre sus hombros una cruz pesada, pero que puede cubrirse de flores para que no parezca de hierro; es necesario que sepan que la responsabilidad de lo que en su casa suceda cae sobre ella, pero que usando de un justo medio, es decir, sin demasiada severidad ni una exagerada condescendencia, logrará conservar la paz, tanto con respecto al

marido como al de sus paniaguados y sirvientes.

Nada de despilfarro, aunque sean grandes las riquezas de que se goce; nunca tampoco manifestará mezquindad y avaricia, aunque sufra pobreza. Con orden, con método, se logrará siempre que el interior del hogar presente un aspecto agradable; no es por medio del lujo que los aposentos parecerán bellos. Estos, como la persona de la mujer y de los sirvientes, deben estar siempre limpios, jamás se verá un roto, un arrancón,

una mancha; para remediar esto, debemos tener siempre á mano aguja, hilo, agua y jabón en abundancia.

Jamás una mujer consentirá en ciertas familiaridades que vienen á parar en que se les pierda el respeto, ni se presentará delante de su marido con vestidos sucios y desaliñados, si no quiere que más pronto éste vea caída la aureola que hacía bello y poético el ídolo de sus ensueños de la luna de miel. Aunque al fin se oscurezca ésta, la esposa debe de tratar de prolongarla durante el mayor tiempo posible, y en su mano está el que suceda, por medio de su prudencia, su tranquila abnegación y ocultos sacrificios. Debe procurar que con



los años ese amor vehemente se convierta en una amistad tierna y amable, la cual durará toda la vida; que el marido comprenda que nadie puede tener más cariño y más interés por el que la compañera de su existencia; que no encuentre en su casa jamás tempestades domésticas, disgustos y molestias, y que sepa la mujer que ella siempre tiene que sacrificar sus gustos—aunque sin hacer alarde de ello y sin que su marido lo sepa siquiera—en aras de su dicha doméstica.